



Federico Storani y Roberto Iglesias pugnan por un regalo arrojado por las reinas, mientras Juan Horacio González Gaviola espera su oportunidad.

Una Vía Blanca que no se renueva

Por CLAUDIA PAGLIARULO
De la redacción de UNO

Mientras el penal provincial era escenario de un motín carcelario, en las principales arterias céntricas, mendocinos y turistas se "amotinaron" junto a los carros vendimiales para participar en una Vía Blanca pobre, que sólo atrajo por la enorme cantidad de productos que obsequiaron distintas empresas locales.

La escasa originalidad y producción de los carruajes le restó atractivo a la histórica celebración, que terminó convertida en una fiesta de *merchandising* ambulante.

Los clásicos racimos volando por el aire, símbolo de esta celebración, fueron los menos, entre tantos llaveros, gorras, remeras, jugos de frutas, lapiceras, bombones, turrónes y cientos de folletos. Al menos, sí estuvieron las infaltables botellas de vino, agua mineral y los frutos de nuestra tierra, como melones, peras y manzanas.

Tanta fue la desesperación del público por obtener el más mínimo de estos regalos, que, con muy poco respeto, le prestó nula importancia a la belleza de las soberanas. No obstante, sus majestades no perdieron la compostura ni la buena onda. Multiplicaron sonrisas y saludos y, junto a sus cortes, soportaron las avalanchas con estoicismo.

Sin embargo, en algunos sectores, como el palco oficial y los puntos donde se ubicaron los medios periodísticos, el desborde fue total. Las fuerzas de seguridad no pudieron contener a los jóvenes que compitieron con los funcionarios a la hora de atajar regalos, entorpeciendo la labor de la prensa.

El desfile comenzó instantes después de las 22 y, pese a un amenazante cielo gris, que una hora después explotó en lluvia, congregó masivamente a mendocinos y turistas.

Lo bueno

- ◆ La cantidad de gente que sigue asistiendo año tras año y el ánimo del público, que pese a la lluvia no se movió del lugar. También, la buena onda de las reinas comunales

Lo malo

- ◆ La nula renovación de este festejo. Si se lo compara con otras fiestas de provincias, como el carnaval de Gualaguaychú, salimos perdiendo en forma notable

Poca imaginación. Luces escasas. Mucho ruido marketinero. El público sigue salvando el mito

A las 22.10, una seguidilla de vehículos y jóvenes dibujando coreografías abrieron la caravana, frente al palco de autoridades. El paso de la Reina de la Vendimia 1999, Milagros Lo Bello, y su virreina, Margarita Pizinatto, anunció la sucesión de las soberanas departamentales, que fue presidida por el carro anfitrión de Capital, adornado con un reloj y una ventana de estilo antiguo.

Sin innovaciones y en algunos casos con notable pobreza, desfilaron unos tras otros los distintos carruajes, que estuvieron auspicados por varias marcas.

Así, transitaban Rivadavia, Godoy Cruz, Tunuyán —en forma lamentable, llevó el mismo carro del año pasado, pintado de otro color—, General Alvear y San Martín. Estas dos últimas candidatas retomaron la característica de otros años al hablarle al público a través de sendos micrófonos.

Luego siguieron Junín, Lavalle y Las Heras, que fue el primer carro que intentó destacarse, con una imagen del Cristo Redentor, lanzamiento de papellitos y música de estilo gregoriano. Inmediatamente vino Maipú, el carro más logrado, que simbolizó una bodega con toque exquisito. Santa Rosa, San Rafael, La Paz, Luján, Tupungato y San Carlos completaron la marcha, los tres últimos con *look* de boliche y toques de música moderna y cumbia. Al final quedó Malargüe, que cerró con una torta gigantesca de cumpleaños de 15. Desgraciadamente, Guaymallén se quedó sin participar, ya que el carro rompió su eje frente a las puertas del Correo Argentino.

UNO/Damián Silvestri



Algunos tuvieron la oportunidad de ver el espectáculo desde un lugar cómodo.